

## PRESENTACIÓN

Francisco González Cruz

En un mundo global que tiende a ser genérico, la identidad - o mejor dicho, las identidades - ha pasado a ser uno de los temas más importantes de la cultura y de las ciencias sociales. No sólo descubrir identidades, sino construirlas, con el fin de vencer la soledad, la desmemoria y encontrar un lugar seguro y conocido.

Se comienza por la identidad personal y el afán es conocerse a sí mismo, descubrir que se es y para que se existe; y allí están las enormes cantidades de libros, cursos y actividades sobre la autoestima, autoayuda y realización personal. Más allá de este afán personal están los de género, de grupo, de creencias, de profesiones y oficios, de productos y servicios, de lugares.

La “marca” se ha convertido en el conjunto de señales o características diferenciadoras ya no solo de un “producto” sino un territorio, un grupo, una institución e incluso una persona. No es una etiqueta, es la identidad definida en un cuerpo coherente de características que deben ser preservadas para garantizar la diferencia con otras entidades. De allí deviene en temas que como la calidad de ese producto, esa región o esa persona.

Este libro se ocupa del tema más importante de la identidad, luego de la personal, como lo es la local. Y como ya vimos nada tiene que ver con la nostalgia de un lugar añorado, sino con la calidad del lugar que se vive y que se quiere vivir. Aquí la memoria tiene poco que ver con la historia propiamente dicha, sino con el relato que construye un sentido de pertenencia y – sobre todo – de orgullo sobre el lugar, con el fin de construir sobre esa memoria los nuevos relatos sobre el presente y sobre el futuro.

Uno es naturalmente selectivo con la memoria personal, dicen los especialistas; también con la colectiva. Supongo que los pesimistas tienden a recordar los hechos negativos, y los optimistas los positivos, al menos en el balance predominarán la tendencia hacia una u otra vertiente. Y

así pasará con los lugares. Los prósperos tendrán una tendencia a resaltar los éxitos, lo mejor de sí, mientras los lugares fracasados buscarán en la memoria a quien echarle la culpa.

Y entro a un tema delicado. Lo personal de Fortunato y yo. Este es un libro en su homenaje y ya +Baltazar Enrique Porras Cardozo, Arzobispo Metropolitano de Mérida en su primorosa reseña escribe: *“No sé de dónde le vendrá la vocación municipalista al “morochó González”, pero me atrevo a conjeturar que tiene una íntima relación con sus querencias infantiles”*. No dudo que tiene razón nuestro apreciado Cardenal. Como casi siempre nosotros conjugamos en primera persona del plural cuando se trata de la infancia y de buena parte de la vida, vivimos las circunstancias de un pueblito de clima frío, arrinconado entre las tremendas moles de la parte más alta de la Cordillera de Trujillo. La Quebrada Grande era una apacible comarca de vecinos articulada a las hacienditas de café y al templo de San Roque. La casa de oscuras habitaciones, corredores, patio y solar; techos altos, paredes gruesas. Sus sonidos eran las conversaciones de mamá Chana y las Niñas Cruz – las dos maestras - los rezos cotidianos, los pájaros y allá atrás el rumor de la quebrada de Mitifafé o Miquimbóx.

También la vivencia en Cabimbú marcó nuestra infancia. Es un elevado páramo y vivimos en una casa pegada a la escuelita unitaria donde la maestra Gertrudis Rangel hacía maravillas. La casa de Delfín Moreno, Susana y sus hijos, su fogón, el trigo, las habas, las vacas y los becerros.

En esos tiempos no había otra cosa que ese lugar y todo sucedía allí mismo. La vida doméstica pasaba entre hacer mandados, estudiar, rezar y escaparse a los pozos. La comunitaria entre ir a la escuela, a la iglesia, a la plaza, la biblioteca pública y los domingos en la noche la retreta.

La mudanza a Valera cambió todo, pero la vida la seguimos viviendo juntos. La escala nos modificó la rutina, amplió el radio de acción y la complejidad del vivir. Todo más lejos, más difícil y más rápido. La ciudad no era el caos que es hoy, pero al lado de nuestro pueblito era tan diferente.

Quizás de ese contraste viene el sueño de hacer de los lugares los

espacios a escala humana que uno necesita para andar con confianza por los caminos del devenir.

Luego vino Mérida y seguimos juntos, disfrutándola. Aquí se ampliaron generosamente los espacios, encontramos personas que maceraron nuestro perfil personal. Tertulias, lecturas, eventos, paisajes, casonas, amistades. A Fortunato lo enamoró Mérida y aquí se enamoró de Haydee y constituyó su familia. A mí me llamó la tierra natal y sus desafíos. Un día me fui a Trujillo y nos separamos.

Los dos estados vecinos tienen relatos diferentes. En Mérida tiene peso la Sierra Nevada, la Catedral y la Universidad. Trujillo no tiene hitos tan evidentes, sino hasta ahora con la Virgen de la Paz. Pesan mucho en Trujillo los malos recuerdos, la mano del tirano Aguirre, la destrucción causada por el pirata Granmont, la proclama de la guerra a muerte y los pleitos estúpidos de sus caudillos, a pesar de que tiene tantos relatos de que aferrarse, como sus cien primeros años, la tradición de la paz que viene desde los Cuicas, sus afanes productivos, el “Estado Ateneo”, entre otros.

Las querencias ancestrales de la tierra natal las amplió Fortunato en la “geografía entrañable” merideña, a la manera de decir de Gonzalo Rincón Gutiérrez. La Mérida serrana, la comarcal, la de las tertulias y conciertos, las bibliotecas, los templos, las quebradas íntimas que se hacen ríos... todo aquello de la identidad quebradeña crece y se hace espléndida en Mérida. Y es el lugar donde Fortunato despliega su pasión por lo local en todos los campos: en la praxis ciudadana de su transcurrir cotidiano, en su exitosa experiencia como funcionario local y como Alcalde, en su rol de académico e investigador, como escritor y en su activa presencia como articulador de la vida cívica.

Y la ciudad y su universidad le permiten trascender a lo global, como suele suceder con lo mejor de lo local. Y este libro y sus autores es un claro testimonio de que lo que digo va mucho más allá de mis afectos. Sus amistades en el mundo de lo local y de la identidad reúnen a gente de toda Venezuela, de Europa y América.



A estas alturas Fortunato sigue enamorado de Mérida y de Haydee, de su hermosa familia y de su gente. Por mi parte repito lo que alguna vez ya escribí: “Yo no sé qué deuda tan grande tiene Dios conmigo que me pagó con el hermano que tengo: Fortunato”